

FRRITT-FLACC

FRRITT-FLACC



Con su tembloroso dedo la vieja mostró una luz.

I.

¡Frritt!...., es el viento que se desencadena.

¡Flacc!...., es la lluvia que cae á torrentes.

La mugiente ráfaga encorva los árboles de la costa volsiniana, y va á estrellarse contra el flanco de las montañas de Crimma. Las altas rocas del litoral están incesantemente roídas por las olas del vasto mar de la Megalocríde.

¡Frritt!.... ¡Flacc!....

En el fondo del puerto se oculta el pueblcillo de Luktrop.

Algunos centenares de casas, con verdes miradores, que apenas las defienden contra los vientos del largo. Cuatro ó cinco calles empinadas, más bien barrancos que vías, empedradas con guijarros, manchadas por las escorias que proyectan los conos eruptivos del fondo. El volcán no está

lejos: el Vanglor. Durante el día, la impulsión interior se esparce bajo la forma de vapores sulfurosos. Durante la noche, de minuto en minuto, se produce una fuerte erupción de llamas. Como un faro, de un alcance de ciento cincuenta kertes, el Vanglor señala el puerto de Luktrop á los cabotajeros, verliches ó balanzas, cuyas rodas cortan las aguas de la Megalocríde.

Al otro lado de la villa se amontonan algunas ruinas de la época crimmeriana. Después un arrabal de aspecto árabe, una kasbah, de blancos muros, de techos redondos y azoteas devoradas por el sol. Cúmulo de cubos de piedra arrojados al azar. Verdadero montón de dados, cuyos puntos hubiesen sido borrados bajo la patina (1) del tiempo.

Entre otros se destaca el Seis-Cuatro, nombre dado á una construcción extraña, de techo cuadrado, con seis ventanas en una cara y cuatro en la otra.

Un campanario domina la villa; el campanario cuadrado de Santa Phililene, con campanas suspendidas en el espesor de los muros, y que el huracán hace resonar algunas veces. Mala señal. Cuando esto sucede, los habitantes tiemblan.

Tal es Luktrop. Después habitaciones, miserables chozas esparcidas en la campiña, en medio de las retamas y brezos, *passim*, como en Bretaña. Pero no se está en Bretaña. ¿Se está en Francia? No lo sé. ¿En Europa? Lo ignoro.

De todos modos, no busquéis á Luktrop sobre el mapa, ni aun en el atlas de Stieler.

II.

¡Froc!.... Un discreto golpe resuena en la estrecha puerta del Seis-Cuatro, abierta en el ángulo izquierdo de la calle Messaglière.

Es una casa de las más confortables, si es que esta palabra puede tener curso en Luktrop; una de las más ricas, si el ganar un año con otro algunos millares de fretzers constituye la riqueza.

Al froc ha respondido uno de esos ladridos salvajes, en los cuales hay algo del aullido, lo que recuerda el ladrido del lobo. Después se abre, por encima de la puerta del Seis-Cuatro, una ventana de guillotina.

—¡Al diablo los importunos!—dice una voz, que revela el mal humor.

Una jovencita, tiritando bajo la lluvia, envuelta

en una mala capa, pregunta si el doctor Trifulgas está en casa.

—¡Está ó no está; eso es según!

—Vengo á causa de mi padre que se muere.

—¿Dónde se muere?

—En Val Karniou, á cuatro kertes de aquí.

—¿Y se llama?....

—Vort Kartif.

III.

El doctor Trifulgas era un hombre duro. Poco compasivo, no curando sino á cambio de especies, y eso adelantado. Su viejo Hurzof, mestizo de bouledogue y faldero, hubiera tenido más corazón que él. La casa del Seis-Cuatro, inhospitalaria para los pobres, no se abría sino para los ricos. Además, había una tarifa: tanto para una tifoidea, tanto para una congestión, tanto para una pericarditis, y demás enfermedades que los médicos inventan por docenas. Ahora bien: el hornero Vort Kartif era un pobre hombre, de una familia miserable. ¡Por qué había de molestarle en una noche como aquella el doctor Trifulgas!

—¡Sólo el haberme hecho levantar (murmuró al acostarse nuevamente), valía ya diez fretzers!

Apenas habían transcurrido veinte minutos, cuando el llamador de hierro volvió á golpear la puerta del Seis-Cuatro.

El doctor abandonó gruñendo su lecho, y asomándose á la ventana:

—¿Quién va?—gritó.

—Soy yo: la mujer de Vort Kartif.

—¿El hornero de Val Karniou?

—¡Sí, y si os negáis á venir, morirá!

—¡Pues bien; os quedaréis viuda!

—Aquí traigo veinte fretzers....

—¡Veinte fretzers por ir hasta Val Karniou, á cuatro kertes de aquí!

—¡Por caridad!

—¡Idos al diablo!

Y la ventana volvió á cerrarse.

—¡Veinte fretzers! ¡Bonito hallazgo! ¡Arriesgarse á un catarro ó á unas agujetas por veinte fretzers, sobre todo cuando mañana me esperan en Kiltreno, en casa del rico Edzingov, el gotoso, cuya gota produce cincuenta fretzers por cada visita!

Bajo esta agradable perspectiva, el doctor Trifulgas volvió á dormirse más profundamente que antes.

(1) Especie de barniz que se forma por la acción de la humedad.

IV.

¡Fritt!.... ¡Flacc!.... Y luego, ¡froc!... ¡froc!... ¡froc!....

A la ráfaga se han unido esta vez tres aldabonazos, aplicados con una mano más decidida.

El Doctor dormía. Por fin se despertó; pero, ¡de qué humor!

Abierta la ventana, el huracán penetró como un saco de metralla.

—Es por el hornero....

—¡Aún ese miserable!

—¡Soy su madre!

—¡Que la madre, la mujer y la hija revienten con él!

—Ha tenido un ataque....

—¡Pues que se defienda!

—Nos han remitido algún dinero (replicó la abuela); un adelanto sobre la casa vendida á Dontrup, de la calle Messanglière. ¡Si no venís, mi nieta no tendrá padre, mi hija no tendrá esposo, y yo no tendré hijo!....

Era conmovedor y terrible oír la voz de aquella anciana, pensar que el viento helaba la sangre en sus venas, que la lluvia calaba sus huesos á través de su apergamínada carne.

—¡Un ataque cuesta doscientos fretzers! — respondió el desalmado Trifulgas.

—¡Sólo tenemos ciento veinte!

—¡Buenas noches!

Y la ventana volvió á cerrarse.

Pero, mirándolo bien, ciento veinte fretzers por hora y media de camino, más media hora de visita, hacen sesenta fretzers por hora, un fretzer por minuto. Escaso provecho, pero que no es de desdenar.

En lugar de volverse á acostar, el doctor se envolvió en su vestido de lana, se introdujo en sus grandes botas impermeables, se cubrió con su hopalanda de bayeta, y con su gorro de pieles en la cabeza y sus manoplas en las manos, dejó encendida su lámpara cerca de su Códex, abierto en la página 197, y empujando la puerta del Seis-Cuatro, se detuvo bajo el umbral.

La vieja estaba allí, apoyada sobre su palo, desarmada por sus ochenta años de miseria.

—¿Los ciento veinte fretzers?....

—¡Aquí los tenéis, y que Dios os los devuelva centuplicados!

—¡Dios! ¡El dinero de Dios! ¿Acaso hay quien haya visto de qué color es?

El doctor silbó á Hurzof, y poniéndole una linterna en la boca, tomó el camino del mar.

La vieja le seguía.

V.

¡Qué tiempo de Erritts y de Flaccs! Las campanas de Santa Philfilène se han puesto en movimiento á impulsos de la borrasca. Mala señal. ¡Bah! El doctor Trifulgas no es supersticioso. No cree en nada, ni aun en su ciencia, excepto en lo que le produce.

¡Qué tiempo! Pero también, ¡qué camino! Guijarros y escorias; gujarros, despojos arrojados por el mar sobre la playa, escorias que crepitan como los residuos de las hullas en los hornos. Ninguna otra luz que la vaga y vacilante de la linterna del perro Hurzof. Á veces la erupción de llamas del Vanglor, en medio de las cuales parecen retorcerse extravagantes siluetas. No se sabe lo que hay en el fondo de estos cráteres insondables. Tal vez las almas del mundo subterráneo que se volatilizan al salir.

El Doctor y la vieja siguen el contorno de las pequeñas bahías del litoral. La mar está teñida de un blanco lívido, blanco de duelo, y chispea al atacar la línea fosforescente de la resaca, que parece verter gusanos de luz al extenderse sobre la playa.

Ambos suben así hasta el recodo del camino, entre las dunas, cuyas atochas y juncos se entrecocan con el ruido de las bayonetas.

El perro se había aproximado hacia su amo, y parecía decirle:

—¡Vamos! ¡Ciento veinte fretzers para encerrarlos en el arca! ¡Así se hace fortuna! ¡Una fanega más para agregar al cercado de la viña! ¡Un plato más en la cena de la noche! ¡Una empanada más para el fiel Hurzof! ¡Cuidemos á los enfermos ricos, y cuidémosles...., por su bolsa!

En aquel momento la vieja se detuvo. Con su tembloroso dedo mostraba, en la sombra, una luz rojiza. Era la casa de Vort Kartif, el hornero.

—¿Allí? —dijo el Doctor.

—Sí, —respondió la vieja.

—¡Harraouah! —ladró el perro Hurzof.

De repente truena el Vanglor, conmovido hasta en los contrafuertes de su base. Un haz de llamas fuliginosas sube hasta el zenit, agujereando las nubes.

El doctor Trifulgas rueda por el suelo.

Jura como un cristiano, se levanta, y mira.

La vieja ya no se halla detrás de él.

¿Ha desaparecido en alguna grieta del terreno, ó ha volado á través del frotamiento de las brumas?

En cuanto al perro, allí está, de pie sobre sus

patas traseras, con la boca abierta y la linterna apagada.

— ¡Adelante! — murmura el doctor Trifulgas.

Ha recibido sus ciento veinte fretzers, y, como hombre honrado, tiene que ganarlos.

VI.

Sólo un punto luminoso se ve á distancia de medio kertse.

Es la lámpara del moribundo, del muerto tal vez.

Es, sin duda, la casa del hornero. La abuela la ha indicado con el dedo. No hay error posible.

En medio de los silbadores Frritts, de los crepitantes Flaccs, del ruido sordo y confuso de la tormenta, el doctor Trifulgas marcha á pasos apresurados.

Á medida que avanza, la casa se dibuja mejor, aislada como está en medio de la landa.

Es singular la semejanza que tiene con la del Doctor, con el Seis-Cuatro de Luktrop. La misma disposición de las ventanas de la fachada, la misma puertecilla cintrada.

El doctor Trifulgas se apresura cuanto se lo permite la ráfaga. La puerta está entreabierta; no hay más que empujarla. La empuja, entra, y el viento la cierra sobre él brutalmente.

El perro Hurzof, desde afuera, aulla, callándose por intervalos, como los chantres entre los versículos de un salmo de las Cuarenta Horas.

¡Es extraño! Diríase que el Doctor había vuelto á su propia casa. Sin embargo, no se ha extrañado.

No ha dado un rodeo que le haya conducido al punto de partida. Se halla, sin duda, en Val Karniou, no en Luktrop. No obstante, el mismo corredor, bajo y abovedado, la misma escalera de caracol, de madera, usada por el frotamiento de las manos.

Sube, llega á la mesilla. Por debajo de la puerta se filtra una débil claridad, como en el Seis-Cuatro.

¿Es una alucinación? En la vaga luz reconoce su habitación, el canapé amarillo, á la derecha el cofre de viejo peral, á la izquierda el arca ferrada donde contaba depositar sus ciento veinte fretzers. Aquí su sillón con orejeras de cuero, allí su mesa de retorcidos pies, y encima, junto á la lámpara que se extingue, su Codex abierto en la página 197.

— ¿Qué tengo yo? — murmuró.

¿Qué tiene? ¡Miedo! Su pupila está dilatada,

su cuerpo contraído. Una trasudación helada enfria su piel, sobre la cual siente correr rápidas horripilaciones.

¡Pero apresúrate! ¡Falta de aceite, la lámpara va á extinguirse, el moribundo también!

¡Si! Allí está el lecho, su lecho de columnas, con su pabellón tan largo como ancho, cerrado por cortinas de grandes ramajes. ¿Es posible que sea aquel el lecho de un miserable hornero?

Con temblorosa mano el doctor Trifulgas agarra las cortinas. Las abre; mira.

El moribundo, con la cabeza fuera de las ropas, está inmóvil, como en el punto de dar su último suspiro.

El Doctor se inclina sobre él....

¡Ah! ¡Qué grito se escapa de su garganta, al cual responde, desde afuera, el siniestro aullido de su perro!

¡El moribundo no es el hornero Vort Kartif!.... ¡Es el doctor Trifulgas!.... Es él mismo, atacado de congestión: ¡él mismo! Una apoplejía cerebral, con brusca acumulación de serosidades en las cavidades del cerebro, con parálisis del cuerpo en el lado opuesto al en que se encuentra la lesión!

¡Si! ¡Es él para quien han venido á buscarle, por quien han pagado ciento veinte fretzers! ¡Él, que por dureza de corazón se negaba á asistir al hornero pobre!

¡Él, que va á morir!

El doctor Trifulgas está como loco. Se siente perdido. Los accidentes crecen de minuto en minuto. No solamente todas las funciones de relación se suprimen en él, sino que van á cesar los movimientos del corazón y de la respiración. Y, á pesar de esto, ¡aún no ha perdido por completo el conocimiento de sí mismo!

¿Qué hacer! ¿Disminuir la masa de la sangre por una emisión sanguínea? El doctor Trifulgas es hombre muerto si vacila....

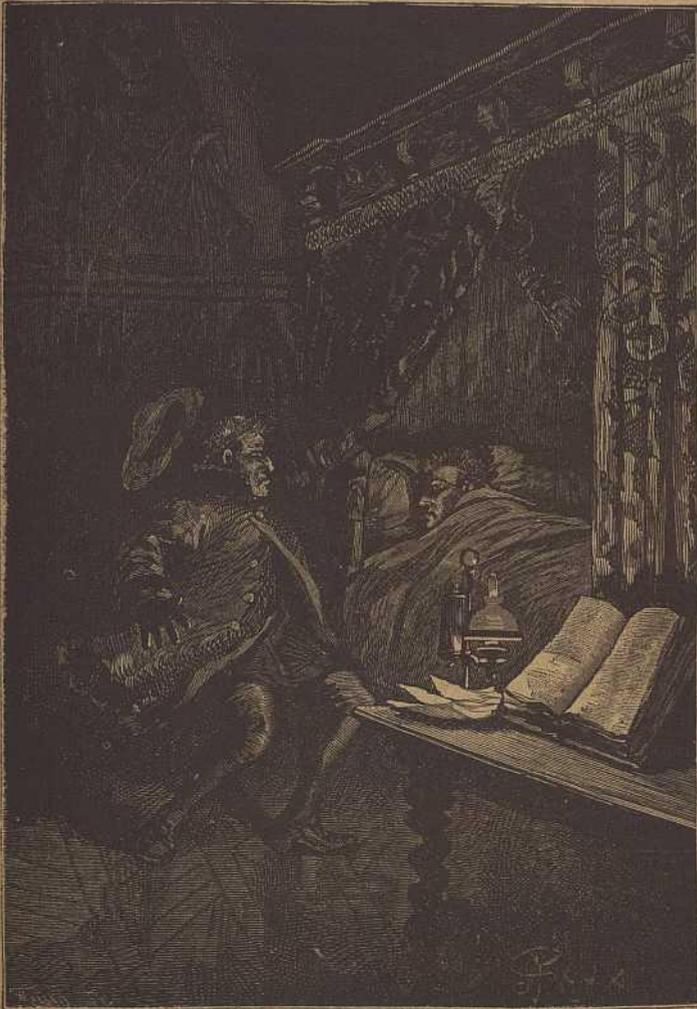
Aún se sangraba en aquel tiempo, y, como al presente, los médicos curaban de la apoplejía á todos aquellos que no debían morir.

El doctor Trifulgas agarra su bolsa, saca la lanceta, y pincha la vena del brazo de su socio: la sangre no viene á su brazo. Le da enérgicas fricciones en el pecho: el juego del suyo se detiene. Le abrasa los pies con piedras candentes: los suyos se hielan.

Entonces su socio se incorpora, se agita, lanza un estertor supremo....

Y el doctor Trifulgas, á pesar de todo cuanto pudo inspirarle la ciencia, *se muere entre sus manos.*

¡Frritt!.... ¡Flacc!



¡Él! Que va á morir.

VII.

Á la mañana siguiente no se encontró más que un cadáver en la casa del Seis-Cuatro: el del doctor Trifulgas.

Colocáronle en un féretro, y fué conducido con gran pompa al cementerio de Luktrop, junto á tantos otros á quienes él habia enviado según la fórmula.

En cuanto al viejo Hurzof, se dice que, desde

aquel día, corre la landa, con su linterna encendida, y aullando como perro perdido.

¡Yo no sé si es así; pero pasan cosas tan raras en el país de la Volsinia, precisamente en los alrededores de Luktrop!

Por otra parte, os lo repito, no busquéis esta villa sobre el mapa. Los mejores geógrafos no han podido aún ponerse de acuerdo sobre su situación en latitud, ni aun en longitud.

JULIO VERNE.

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Capitulo XIII.....	5
XIV.....	10
XV.....	15
XVI.....	20
XVII.....	27
XVIII.....	29
XIX.....	34
XX.....	39

FRRITT-FLACC.

Capitulo I.....	43
II.....	46
III.....	46
IV.....	47
V.....	47
VI.....	48
VII.....	49

